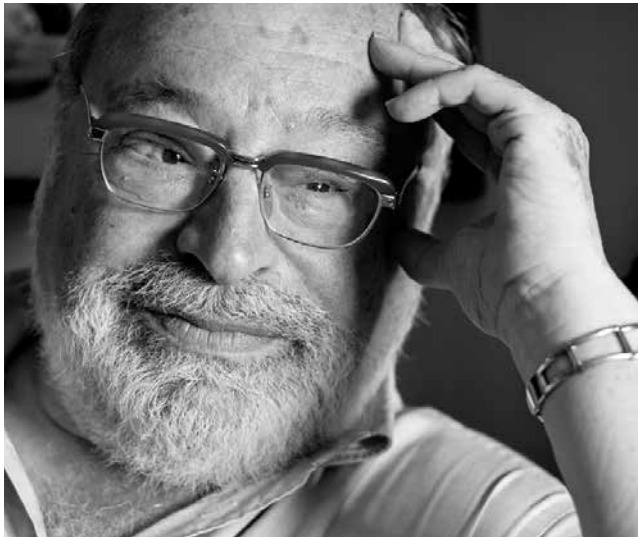


Letrillas



ENTREVISTA

Savater y México

por Daniel Gascón

Fernando Savater, uno de los intelectuales más importantes de la España de las últimas décadas, tiene una larga e intensa vinculación con México y sus escritores. Es el tema de esta conversación que mantuvimos por teléfono.

Quería preguntarte por tu relación con México y con la literatura mexicana. Uno de los escritores mexicanos más importantes para ti fue Octavio Paz.

He pasado mucho tiempo allí, he ido con mucha frecuencia. Fui por

primera vez muy joven. Tenía un amigo mexicano, hijo de españoles, que conocí aquí en Madrid, Héctor Subirats, y me convenció para que fuera allí a dar un curso en el tecnológico de Acatlán. Me fui sobre todo por conocer el país. Estuve dando clases. En ese tiempo recibí una carta de Octavio Paz, al cual yo no conocía personalmente. Había leído creo que *La tarea del héroe* y me escribió una carta muy cariñosa, que fue para mí como si me hubiera escrito el Espíritu Santo. Entonces convencí

a *El País* para que me pagara un viaje para hacer una entrevista larga a Paz.

Estuve varios días con él, nos hicimos muy amigos, dentro de la diferencia de edad y de mérito de los dos. Fue muy cariñoso conmigo, hicimos una entrevista larguísima, supuestamente grabada, y cuando llegué a Madrid vi que no había grabado absolutamente nada. Entonces me inventé toda la entrevista, a partir de lo que yo me acordaba, y le encantó. En un libro que reúne sus mejores entrevistas, *Pasión crítica*, incluyó la mía. Me dijo: “Bueno, en algunas cosas he cambiado de opinión, por ejemplo, en eso que te dije de la OTAN...” Yo pensaba: “No, no has cambiado de opinión, es que la opinión era la mía.” Pero, en fin, nunca se lo confesé. Fuimos muy amigos, cuando él venía a España también estábamos juntos, yo tenía una enorme admiración por él, aprendí muchísimas cosas de él y de lo que escribió. De modo que sí, esa ha sido la mayor influencia que he tenido en México.

¿Y Alejandro Rossi?

Oh, yo tenía mucho cariño por Alejandro Rossi, y cierta complicidad. Y admiración, naturalmente, hacia *Manual del distraído* y su obra. Hace un tiempo, se conmemoraba un aniversario de Ortega y leí un texto de Rossi sobre él. Es realmente bueno, una de las cosas más clarividentes que he leído sobre Ortega. Éramos amigos, incluso viajamos juntos un año que iba a Florencia a buscar sus raíces. Yo también iba a Italia entonces

Casa abierta y concurrida

por **Bárbara Mingo Costales**

¿Quiénes serán los descalzos que titulan el libro en el que Francisco Javier Irazoki ha reunido su poesía completa? ¿Son los propios poemas, que se han despojado de lo artificial y que caminan sin hacer ruido y liberados? ¿Son los personajes que aparecen en esta antología, la serie de hombres y mujeres con los que el autor se ha cruzado a lo largo de su vida, más los que no llegó a conocer pero que considera cercanos por la compañía que le han hecho su música, sus libros, su ejemplo o sus historias? En este volumen publicado en Hiperión el autor ha recogido “todo lo que tenía que decir”, según su propia expresión, como cuenta su amigo desde la primera juventud Fernando Aramburu en el breve texto que introduce el libro y que se llama “Casa poética” (“concebido por su autor como una casa definitiva”). Y lo que encontramos en los poemas es una asombrosa concurrencia de personajes, lo que quiere decir que esa casa ha estado abierta, y también quiere decir que a toda esa gente Irazoki la siente íntimamente ligada a su vida, imprescindible o determinante para su devenir. Que cuenta con ellos.

Los poemas más antiguos están fechados en 1976, cuando el autor tenía veintidós años. Están llenos de imágenes algo escurridizas: en algunas como “el taller de sueños estériles”, “petirrojos asfixiados de nostalgia”, “la ternura empolvada de los edificios que se tambalean” o “palpar tus brazos carbonizados por la compasión” van a encontrarse lo matérico o duro (taller, asfixia, demoliciones, lo carbonizado) con lo etéreo (sueños, nostalgia,

e hicimos el trayecto juntos. Estuve muchísimas veces con él. Hemos reído mucho juntos. Lo visité unos días antes de su muerte. Era una despedida, porque era perfectamente consciente de su situación. Lo recuerdo con mucha nostalgia.

Con Enrique Krauze también tienes relación.

Sí. Además, tenemos la misma edad. Hemos vivido muchas cosas juntos, sobre todo políticas e ideológicas. Me parece un hombre muy competente, muy inteligente, que conoce bien no solamente la política de México, sino también la de España. Somos muy amigos. Alguna vez nos hemos apoyado el uno al otro frente a enemigos comunes. Tengo de él la mejor opinión.

¿Has conocido a Gabriel Zaid?

No. Me movía en un círculo en que todo el mundo lo conocía y era amigo suyo. Y todo el mundo me hablaba de él, pero no lo he llegado a tratar.

A Carlos Monsiváis sí.

Mucho. Estuvimos juntos en Guadalajara, en la FIL, en muchos sitios. Además teníamos una amiga común y muchas veces nos juntábamos a comer, a cualquier cosa. Ahora mismo la amiga que te digo, que es un poco la que ha ejercido de mánager mía en México, me acaba de mandar el altar de muertos que hace todos los años. En el altar siempre pone una fotografía de mi mujer Sara Torres. Y justo detrás de la de Sara estaba la de Monsiváis. Una vez me publicaron un libro sobre caballos y le pedí a Monsiváis que me lo presentara. Resulta que nunca había estado en un hipódromo, la primera vez fue para presentar mi libro.

¿A Jorge Ibarquingoitia lo llegaste a conocer?

No, pero le he seguido mucho, me he reído mucho con él. Iba en el avión en el que tenía que haberme matado yo.

El de Avianca que se estrelló en Mejorada del Campo en 1983.

Sí, se estrelló al poco de salir. Murieron casi doscientas personas, entre ellos Ibarquingoitia y bastantes escritores. Yo tenía que haber ido en ese avión, porque luego iba a México. Pero me marché un par de días antes y resulta que ya estaba en México cuando me enteré. Mi nombre figuraba en la lista. Y había una Rosa Sabater, música, que viajaba. Se corrió el rumor de que yo me había matado en el accidente. Con lo cual estaba yo tranquilamente en casa de mi amigo, en México, libando tequila y de pronto llaman por teléfono: “Nos hemos enterado, pobre Fernando, lo que le ha pasado.” Y, bueno, en ese viaje murió Ibarquingoitia. Le he leído mucho, me encantan su humor, su ironía. *Revolución en el jardín* es una de las mejores cosas que he leído en mi vida.

¿Hay otros escritores cercanos?

Soy muy amigo de Christopher Domínguez Michael. Empezamos juntos, escribíamos en *Vuelta*. Le tengo mucho afecto y mucha admiración. Es un gran conocedor de Paz. Es la persona que más sabe de todo. No hay manera de sacarle un tema literario que no sepa más que tú.

Otro gran conocedor de Paz es Guillermo Sheridan.

Tuve una entrevista desde la Casa de México de Madrid. Hablamos de todas estas cosas de los recuerdos, escritores y de Paz. También he sido y soy amigo de Ricardo Cayuela. Escribimos en *The Objective* y no me pierdo ningún artículo suyo. He tenido muchos amigos en México, y me molestaría dejarme a alguno injustamente. Han sido enormemente generosos conmigo y guardo la mejor impresión. ~

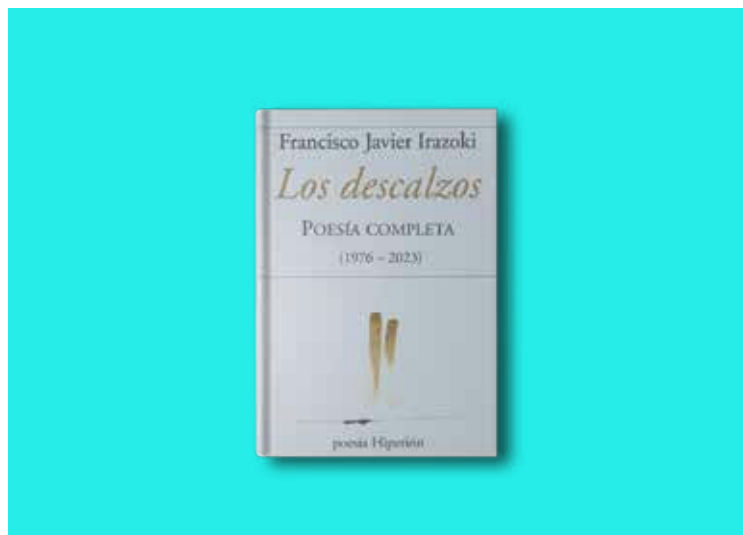
DANIEL GASCÓN es editor de *Letras Libres* y columnista de *El País*. En 2023 publicó *El padre de tus hijos* (Random House).

compasión). Mientras lo escribo sospecho que algo de ese contraste se ha mantenido a lo largo de los años y que podría detectarse en los poemas más recientes, más como fondo que como expresión explícita. Ahí quizá estén el muro y la herramienta con que el poeta le ha practicado una abertura por los que se accede a los mundos interiores.

La compañía: ya desde el principio aparece multitud de gente. Hiparquia, Diotima (precisamente la amada de Hiperión), Mahavira, Novalis, Cuauhtémoc, Juan de la Cruz o Jakob Böhme tienen cada cual su breve poema, un poco a la manera de Spoon River, porque es como si expusieran el eje de su vida y su condensación (como cuando Cuauhtémoc dice “Ahora el triunfo y la derrota me parecen candores / idénticos, simulacros de ciega devoción”). En la exposición de sus peripecias e impresiones parece quedar un ejemplo de vida, para quien quiera tomarlo. Más adelante irán apareciendo personajes sin nombre, mendigos, músicos callejeros (¡muchísimos músicos en este libro!), personas que asoman fugazmente. ¿A quién recuerda esta escritura, allá por la mitad del libro? ¿A Leonard Cohen, a sus letras, poemas y novelas! Y lo hace en sus temas pero también en el fraseo, en la cadencia y en las imágenes. Efectivamente, páginas más allá nos encontramos con una carta dirigida a él. Las menciones a músicos son muy numerosas, y se capta rápidamente la benéfica influencia que se busca en la música, y que la música ejerce, si se está disponible. Si se ha estado abierto y disponible, y si se tiene suerte, avanzado el tiempo uno podrá reconocer la identidad de todo lo que le rodea: “Desde los tejados y árboles descendiendo una música alimentada por insectos y semillas. En los sonidos bajan las voces de Thomas Tallis...” Han venido también J. S. Bach, Sarah Vaughan, Bessie Smith, Nina Simone, Brassens con su “cinismo bondadoso”, Charlie Parker, Pink Floyd... Cada vez que

aparece la música se siente una subida de intensidad, un agradecimiento y una alegría en el poema. Pero se trata de una actitud general. La decisión consciente de disfrutar de la vida, de no añadir dolor al dolor, de detenerse en lo bueno y de no dedicar tiempo al rencor se transparenta a lo largo de todo el libro, cuando no se menciona explícitamente. Desde que la leí me ha vuelto a la cabeza varias veces una frase que aparece dos veces en el libro —porque el poema se nos ofrece en dos variaciones—, que dice: “Es triste pero no me va a entristecer.” El personaje que la pronuncia podría desarrollarse en una novela.

Las estampas que componen el grueso de la segunda mitad del libro tienen mucha potencia narrativa, pero qué más da si es poesía o es novela, si son fragmentos rescatados de la infancia y de la primera juventud, que traen delante de nuestros ojos temperaturas, brillos, contrastes y escenas a veces emocionantes, a veces escalofriantes, la educación sentimental en el ambiente rural vasco de los años cincuenta o sesenta. Aquí encontramos versos como “Defenderé la casa de mi padre contra la pureza y



FRANCISCO JAVIER IRAZOKI
LOS DESCALZOS. POESÍA
COMPLETA (1976-2023)
Madrid, Hiperión, 2023, 478 pp.

las banderas ensangrentadas”, donde se reconoce también el contraste y mencionado entre lo aristado y lo aéreo. Remueven especialmente algunos recuerdos de trabajadores de las fábricas llegados al País Vasco desde otras partes de España, y conclusiones como las que encontramos al final del poema en prosa “Barrio Jaén”: “Era ya un habitante inmóvil de nuestro racismo.” La mención al racismo es frecuente, junto a los estupores infantiles frente al comportamiento de los adultos. Asistimos en el libro a la formación de una personalidad para la que, insisto, ha sido determinante la elección del camino luminoso y cordial, curioso hacia sus semejantes. Otra imagen que se me ha quedado grabada es la invitación a los niños, a los amigos de los hijos que vienen a casa, que los huéspedes sean niños, aquí en un poema con un desenlace sobrecogedor.

Los descalzos es un libro emocionante, lleno de impresiones sensoriales (al leer algunos recuerdos de infancia casi

vemos la luz metálica) que son importantes porque es en su seno donde la conciencia se descubre a sí misma, se da cuenta de que tiene cierta libertad y decide ponerse al servicio de lo que considera bueno. ~

BÁRBARA MINGO COSTALES es escritora. Su libro más reciente es *Lloro porque no tengo sentimientos* (La Navaja Suiza, 2023).

FILOSOFÍA

Demonología de la imaginación científica

por **Maia F. Miret**

Qué cosa tan singular es la representación de los científicos que viajan a bordo de la nave *Prometheus* en la precuela de *Alien* del mismo nombre (esa película que a todos nos gusta odiar, pero a todos de modos distintos, como las proverbiales familias infelices de Tolstói). A bordo de la elegantísima nave de la empresa Weyland viajan cuatro mujeres y hombres de ciencia: dos arqueólogos, un biólogo y un geólogo (y también David, el androide, que sería justo llamar el experimentalista). En una de las peores-mejores escenas del filme los arqueólogos le explican al equipo por qué están allí: han determinado, mediante el arte rupestre de culturas separadas por miles de años y de kilómetros, que una civilización que ellos llaman los Ingenieros sembró la vida en la Tierra hace eones. Millburn, el biólogo, hace la única pregunta sensata de toda la película: ¿cómo lo saben? Elizabeth Shaw, arqueóloga que también es devota católica o algo así, responde: “Porque eso es lo que he decidido creer.” Pum.

Si Millburn no hubiera decidido hacerle *psst psst* al primer extraterrestre que se encuentra, una especie de serpiente curiosamente genital que marca el inicio del esperado terror espacial de la franquicia, habríamos pensado que es un científico modelo.

Sucede que las personas de ciencia no suelen ser supersticiosas, y en todo caso no lo confiesan, aunque siempre usen la misma pipeta para evitar que se eche a perder la centrífuga del laboratorio. También es claro que eligen creer ciertas cosas; la historia y la filosofía de la ciencia están llenas de ejemplos de sesgos o convicciones cognitivas, identitarias e ideológicas que hacen a unos preferir, por ejemplo, la relatividad general y a otros la teoría de la relatividad modificada. La resistencia de Einstein a aceptar la aparente indeterminación y acausalidad del mundo cuántico es famosa, y en todas las disciplinas pasan cosas equivalentes. A pesar de todo es posible que jamás nos encontremos con una científica o científico que diga que *cree* algo respecto a su área de especialidad, y menos que lo cree porque quiere; eso en ciencia es anatema. Porque no es ciencia. Algo así nos hizo ver Carl Sagan en su clásico *El mundo y sus demonios*.

Pero los demonios que se agolpan en la enciclopédica *summa daemonica* de Jimena Canales no tienen nada que ver ni con los demonios de Shaw —eso terminan siendo los Ingenieros, por vía de sus más recientes creaciones, los xenomorfos— ni con los de Sagan. Canales, ingeniera física por el Tec de Monterrey convertida en doctora en historia de la ciencia por la Universidad de Harvard, persigue aquí a seres de otro tipo. Desde al menos 1666, el año en que comienza este detallado relato, científicos como Descartes han echado mano de herramientas heurísticas, formas imaginarias de controlar la naturaleza, para empujar el territorio de lo que podemos conocer, así sea a las patadas metafóricas de estos seres mágicos, que tienen que ver más con los demonios paganos que con los cristianos.

JIMENA CANALES
LA CIENCIA Y SUS DEMONIOS
COMPLETA (1976-2023)
Barcelona, Arpa, 2024, 480 pp.

Es decir, menos poderosos que dioses —que si lo fueran no servirían como experimentos mentales— pero más sagaces y rápidos que los humanos, no tienen signo moral de ningún tipo y pueden ser tanto ayudantes como obstáculos, según quién los cree y para qué. Por eso comienza con el genio maligno justamente de Descartes, un ser capaz de interponerse entre la realidad y nuestros sentidos para distorsionarla o construirla a su antojo. ¿Qué sería real en ese escenario? Es una discusión muy relevante en esta era en la que estamos descifrando trabajosamente las bases neurológicas de la conciencia, nos encontramos fascinados por los efectos de las sustancias psicodélicas y entendemos qué papel desempeñan los sentidos en nuestra construcción de la realidad, pero era bastante blasfemo hablar de demonios en el siglo XVII. Descartes salió triunfal de este debate gracias a su inteligencia, y así nació la tradición de inventar y bautizar estas herramientas mentales tan útiles.

Como la magia, los demonios le dan al científico la capacidad, claro que hipotética, de controlar la naturaleza y de obtener poderes imposibles. Es el caso del demonio de Maxwell, un ser que puede violar la segunda ley de la termodinámica mediante el sencillo artificio de sentarse junto a una puertita o membrana y seleccionar qué moléculas pasan a ambos lados de un frasco: las rápidas para acá, las lentas para allá. En el proceso, en vez de que las temperaturas se promedien como termina por ocurrir siempre en el universo, una sube y la otra baja. Tan sencillo y tan fantástico. Y sin embargo, el demonio de Maxwell sigue ayudando hasta hoy a pensar en problemas de termodinámica, y ha sido santo de la devoción de grandes físicos desde el siglo XIX.

Lo mismo ocurre con el demonio de Laplace: un ser hipotético, también decimonónico y bastante más



ambicioso, que conoce la ubicación y el momento —que es una forma de hablar de fuerzas en movimiento— de todos los átomos que existen, y con ello puede determinar todo el pasado y el futuro del universo. Se invocaría con frecuencia durante el desarrollo de la física cuántica, que como vimos levantó bastantes ámpulas al asegurar, al menos según ciertas interpretaciones, que ni esa inteligencia —como la llamó Laplace, y no demonio— casi absoluta sería capaz de predecir absolutamente todo o cambiar de signo el transcurso de los acontecimientos en el tiempo. Para la inteligencia-demonio de Laplace nada habría sido tan sencillo antes de que se introdujera el insidioso azar a las escalas más pequeñas.

Y hay más. Demonios en la biología, en la informática, en la cosmología y en la sociedad. Está el demonio de Babbage, de Bosovich, de Szilárd; se cuentan por docenas. Son gigantes sobre cuyos hombros microscópicos o astronómicos se han parado los científicos durante más de cuatrocientos años para hacer una de las operaciones más importantes de la ciencia, de la mano de la observación o la cuantificación: imaginar. Estuvieron allí cuando se entendió el movimiento browniano,

se desarrolló la bomba atómica y se sentaron las bases de lo que hoy se conoce como inteligencia artificial (un nombre que le habría hecho una gracia gigantesca a Descartes).

Gracias a la fluida pluma de Canales y a su propia naturaleza, la historia de los demonios es nada menos que un buen trozo de la historia de la física occidental, que es decir básicamente la física como la conocemos. No hay que forzar mucho la mano para desenterrar las uniones de esta vieja y extensa cañería, especialmente con una autora tan diligente que da la impresión de que, allí donde un *paper* mencionó la palabra demonio o su equivalente del siglo XVII para acá, allí estuvo Canales con las herramientas para situar al personaje dentro de su genealogía y discutir con lucidez y picardía su utilidad como herramienta para extender las ideas científicas, tan formidables pero tan sacrificadamente arrancadas a la naturaleza.

Hay que advertir, eso sí, que no se trata de una lectura introductoria: exige conocimientos más que rudimentarios sobre los conceptos físicos que se discuten —en este sentido no se trata de una obra de divulgación— y un interés por la historia de la física y tal vez la informática y la teoría de la información que

supera al del lector promedio de obras de ciencia o historia para no especialistas. No está claro, pues, a qué lector está dirigido este ambicioso proyecto, fuera del mundo académico, pero en la medida en la que encuentre su público tiene sentido que lo haga acogido por el catálogo de Arpa. Se agradece también que se publiquen libros de ciencia escritos por mujeres; la asimetría en la divulgación y en general en la escritura sobre ciencia es tan llamativa que ya se vuelve escandalosa. Y desde luego es una hazaña añadida que se traduzcan, aunque una traducción más pulida habría hecho mucho por lubricar la lectura. O tal vez contar con la ayuda de los demonios correctos. ~

MAIA F. MIRET es diseñadora industrial por formación y divulgadora de la ciencia por vocación. Edita, traduce y escribe.

CORRESPONSAL EN EL FUTURO

Simulacro de intimidad individual

por **Mariano Gistáin**

Salir de la realidad es el último refugio del yo individual, que ha sido descartado de la propia realidad: nada avala la existencia del ser individual pues todo está entrelazado, un árbol es parte del bosque, etc. El individuo ha sido un prolongado anhelo colectivo, una aspiración tal vez equiparable a otras malformaciones o fallos fisiológicos que han aquejado a la especie.

Que el desvelamiento de la realidad esté todavía en el futuro (unos diez años, según las previsiones más pesimistas) no impide que se hayan desmontado ya los mitos y leyendas que la han empañado durante milenios. Lo más difícil ha sido desbrozar los tres últimos siglos, plagados de nuevos

mitos tan ilusionantes y tan recientes que fijaron la creencia de que los endeble principios que los sostenían se podían demostrar, replicar, etc.

La misma ciencia que ofuscó el camino ha servido para despejarlo; ahora se espera que ella misma elucide qué es y cómo funciona lo real.

Solo queda insistir, aumentar recursos y aprovechar el trabajo en red que permite, por ejemplo, seguir la fusión de dos estrellas de neutrones y el nacimiento de un pequeño agujero negro gracias a la coordinación de todos los telescopios terrestres y espaciales.

Respecto de los antiguos mitos hay algunos que se dan por confirmados. Así, la vigilancia universal, encarnada en diversas religiones y mitologías en el famoso ojo de Dios, la divinidad omnipresente que todo lo ve, se ha verificado en múltiples experimentos como algo inherente a la configuración del mundo; si bien es una vigilancia sin el factor opresivo o de autoridad, al menos mientras no se demuestre lo contrario. De momento es una transparencia sin sentido que no premia ni castiga, al menos que se sepa.

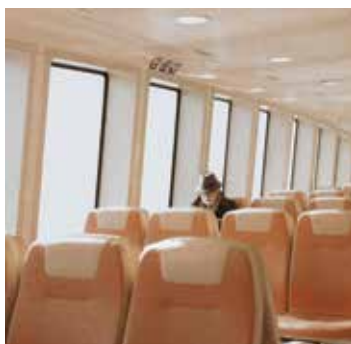
Por esta presunta asepsia que adjudica la omnisciencia universal a la naturaleza, esta vigilancia goza de más aceptación entre la ciudadanía que sus versiones anteriores, tanto las milenarias –teológicas– como las recientes –tecnológicas– que ya generaban recelos y rechazo y que eran menos omniscientes que las naturales que ahora rigen.

Esta nueva omnisciencia inocua –control universal de los actos, de los pensamientos y de todo en general– se ha instalado ya en la conciencia de la población, excepto allí donde subsisten las religiones y sus secuelas. La época en la que las tecnologías de uso común desempeñaron estas funciones, más en el imaginario popular que en los hechos, adiestró a la ciudadanía para aceptar el nuevo paradigma: si de todas formas te vigilan, mejor que sea un mecanismo de la propia naturaleza. Está por descubrir si cada ser vivo

o cosa (si se puede mantener esa distinción) puede acceder a esa omnisciencia natural y, en su caso, qué tendría de hacer para lograr ese acceso.

La omnisciencia universal deriva de la conexión de todo lo que se ha citado al principio: quedan pocos resquicios para dudar de que este vínculo íntimo o entrelazamiento se debe a la propia naturaleza de lo existente que, como preconizaron algunos filósofos, es una y la misma.

Apenas faltaría precisar cuál es la partícula (onda, lo que fuere) elementalísima que subyace al enjambre de pululaciones virtuales que compiten



en número creciente por tan eminente puesto.

El último prehallazgo –que citamos, no sin rubor, por su obviedad– adjudica ese rango elemental a la vibración de las partes, siendo estas, a su vez, energía que se manifiesta de diversas formas y que quizá la próxima generación –de personas, máquinas o mixta– sepa plasmar en un renglón que aclare y fije, al menos para unas decenas de años, cuál sea el fluir del mundo. Puesto que el instrumento de medir interviene en lo que se observa damos por hecho que nuevos medios conformarán las siguientes realidades.

En este mundo aún por concretar las personas tal vez aceptan la vigilancia del panóptico mutuo, la conexión universal, pero hay indicios de que un porcentaje de población se resiste, sin decirlo, a asumir la pérdida de la individualidad que durante tanto tiempo –para la gran mayoría, toda su vida– fue

una creencia esencial y quizá también supuso la conquista de un anhelo largamente incubado.

Así que mientras se elucida la fórmula que tal vez rige el mundo siempre queda, para quien lo necesite, un recurso para lograr aquella intimidad individual: cualquier persona que renuncie a todo puede experimentar un yo único e inexpugnable y disfrutar de una íntima soledad que no puede ser vigilada, grabada o perturbada por nada ni nadie (ni siquiera por ella misma).

Por renunciar a los atributos del tiempo –sentimiento, pensamiento, anticipación, memoria–, el ser humano alcanza la mismidad esencial que tal vez siempre deseó. Como este punto cero no consume energía podría mantenerse eternamente en esta nada inmóvil que le exime de la realidad y le da, si lo desea, la permanencia indefinida y el poder ilimitado en potencia.

Por supuesto, si intenta ejercer tal poder o incurre en pensar, recordar o sentir, regresa a la realidad y, de nuevo, le devora la entropía.

NOTA: Esta intimidad absoluta puede sufrir una limitación digna de reseñarse. Tal como ha documentado el prestigioso cirujano retirado Luis Sans Segarra verificando numerosos testimonios de experiencias cercanas a la muerte (ECM) y sus paralelismos con la física cuántica, hay situaciones en las que hasta esta intimidad ficticia o simulada puede ser vigilada o al menos alterada. El éxito de ventas del libro de Sans Segarra *La supraconciencia existe. Vida después de la vida*, y la asistencia de público a sus conferencias (con precio de 36€ cada localidad llenó de público la sala Mozart del Auditorio de Zaragoza el pasado 28 de octubre) advierte que personas en ECM podrían interferir también en el simulacro de intimidad. ~

MARIANO GISTAÍN es escritor. Lleva la web gistain.net y el blog *Veinte segundos en 20 minutos*. Su libro más reciente es *Nadie y Nada* (Prames, 2024).